

Quinto centenario de la Reforma Protestante

Dr. Justo L. González



Sermón
Monterrey, México

Quinto centenario de la Reforma Protestante

Lectura bíblica: 1 Corintios 1. 18-37

Hace casi 500 años, en una fría tarde de otoño, sucedió algo de aparentemente poca importancia. En la ciudad de Wittenberg, lejana de los principales centros de poder en Europa, un fraile agustino, profesor de la recién fundada universidad, se acercaba a la puerta de la iglesia del castillo para allí clavar 95 tesis. Aquello no tenía nada de extraordinario. La puerta era como el tablón de edictos en aquellos días, y en ella se colocaban anuncios, noticias, leyes y, como en este caso, temas que se esperaba que los profesores y estudiantes avanzados en la universidad discutieran. El clavar tesis en aquella puerta era cosa de todos los días, y el propio Lutero lo había hecho anteriormente con pocas consecuencias.

Lo que es más, los habitantes de la ciudad tenían otros intereses aparentemente de mayor importancia. Al día siguiente, el primero de noviembre, se celebraría el Día de todos los Santos, en el que se recordaba a la multitud de santos innominados cuyos nombres no habían sido añadidos al santoral para dedicarles un día especial. Era día no solamente de recordar a aquellos santos, sino también de pedir su intercesión por las tantas preocupaciones de la vida:

el hijo enfermo, la cosecha escasa, la esposa difunta, la salvación propia. Y el día después, el 2 de noviembre, sería el Día de los Fieles de los Difuntos, conocido hoy como Día de los Muertos. Entonces como hoy, era día de una agridulce celebración, cuando a la vez que se festejaba a aquellos difuntos amados se lamentaba su ausencia y se rogaba por su entrada al cielo.

Tales cosas serían los principales intereses de aquellos transeúntes que al pasar veían al conocido fraile agustino, profesor de la universidad, clavando sus tesis. La mayoría de ellos no sabía leer. Muy pocos conocían el latín, idioma en que las tesis estaban escritas. Muchos tendrían prisa, o bien para completar alguna tarea antes de los días de fiesta, o bien para prepararse para las fiestas mismas. Además de los martillazos de Lutero, se escucharían muchos otros martillazos de carpinteros y otros obreros apresurados por completar sus tareas, o preparando y colocando adornos para las fiestas. ¿Qué importancia podían tener aquellos leves martillazos y aquellos pequeños clavos con los que Lutero fijaba sus tesis en la puerta? ¡Había tantas cosas tanto más importantes, tanto más interesantes! ¡Había tantos martillazos más fuertes! ¡Había tantos clavos tanto más grandes!

Pero el tiempo pasó, y hasta el día de hoy retumban los ecos de aquellos leves martillazos. En estos últimos 500 años ha habido martillazos y hasta cañonazos mucho más sonoros. Ha habido guerras y rumores de guerras. Se han desmoronado imperios, y vetustas dinastías han desaparecido. Hemos llegado a la Luna, y hemos explorado tanto los espacios siderales como los espacios interatómicos. Pero hoy, 500 años después de aquellos martillazos en Wittenberg, alrededor del globo se reúnen multitudes como esta para conmemorar, no los grandes descubrimientos de las últimas generaciones, no la exploración del espacio y el surgimiento de las redes cibernéticas, sino aquellos golpes de martillo de un desconocido fraile agustino en un rincón del mundo.



¿Por qué? Muchas explicaciones hemos dado los historiadores, y todas ellas son parcialmente ciertas. La corrupción en la iglesia era tal que se requería una reforma. La invención de la imprenta ayudó a diseminar la protesta de Lutero. La muerte del emperador Maximiliano y la vacancia en el trono imperial proveyeron un momento político favorable. En un tiempo en el que los artistas y los eruditos buscaban retornar a las fuentes de la antigüedad, Lutero retornaba paralelamente a las fuentes bíblicas.

Todo eso es cierto. Pero la verdad va mucho más allá. Parte de esa verdad es que la protesta de Lutero, aunque de momento se enfocaba en la cuestión de la venta de indulgencias, tenía una base mucho más amplia. Si solamente hubiera sido cuestión de la venta de indulgencias, que es el tema central de las 95 tesis, en el mejor de los casos lo único que se hubiera logrado sería suspender esa venta. Pero tras la protesta de Lutero contra las indulgencias iba a toda una postura bíblica y teológica que en aquel 31 de octubre se manifestaba en su reacción a las indulgencias, pero que tenía raíces mucho más profundas.

Lo que Lutero proponía, y lo que le dio fuerza a su protesta, era una visión distinta de Dios y de la vida toda. Medio año después de las 95 tesis, expresaba su convicción en otra serie de tesis, preparadas para un debate en Heidelberg. Esas otras tesis, 28 en total, hablaban no ya de cuestiones específicas como la venta de indulgencias, sino de la naturaleza misma del evangelio y por tanto de la buena teología. Allí Lutero distingue entre las que llama “teología de la gloria” y “teología de la cruz”. Según él, la teología de la gloria, por buena y poderosa que parezca ser, es contraria a la verdadera teología del evangelio, que es la teología de la cruz. La teología de la gloria es la que cree que el mejor modo de ver y conocer a Dios es razonar acerca de su

omnipotencia, de su omnipresencia, de su omnisciencia, y de otras características gloriosas.

Sobre la base de sus elucubraciones, diría Lutero, grandes teólogos construyen grandes sistemas; pero estos sistemas se desmoronan porque no están contruidos sobre la cruz de Cristo. La teología de la gloria llevaría a pensar que Dios se parece más a los príncipes y emperadores, a los ricos y poderosos, que a los pobres que labran la tierra, o a las mujeres que trabajan arduamente para hornear el pan. Pero la teología de la cruz, la verdadera teología del evangelio, nos dice que Dios es más bien como un campesino que siembra un pequeño grano de mostaza o como una mujer que coloca un poco de levadura en la masa.

Esa teología de la cruz, la que Lutero propone y encuentra en el evangelio, ve a Dios, no en lo que los humanos consideramos bueno y grande, sino todo lo contrario, en el sufrimiento, en la entrega, en la aparente debilidad – en una palabra, en la cruz.

El mejor modo de conocer a Dios no es imaginarle como nuestras mentes y nuestros juicios nos dicen que Dios debería ser, sino verle encarnado en Jesucristo, rodeado de animales en un pesebre, andando por los polvorientos caminos de Galilea, y por fin colgando en una cruz. El

Dios verdadero, el Dios que los cristianos adoramos, es el Dios que por amor viene a vivir a un oscuro rincón del mundo y se entrega por nosotros.

Lo que Lutero entendía entonces es que el evangelio no es cuestión de ver quién es más poderoso, quién tiene más seguidores, quién pronuncia las palabras más altisonantes, sino que es cuestión de vivir al pie de la cruz, bajo la sombra de la cruz y bajo la dirección de la cruz.

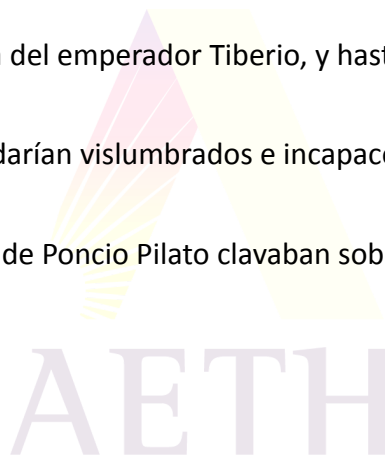
La verdad es que los martillazos de Lutero hicieron impacto porque fueron hechos en memoria y reconocimiento de otros martillazos igualmente menospreciados por el mundo, pero cuyo estruendo se alzó hasta el séptimo cielo y descendió hasta lo más profundo del averno. Casi 1500 años antes de Lutero con su martillo, unos soldados romanos, también martillo en mano, clavaron sobre una cruz al Señor de las edades.

Tampoco aquello parecía ser de mayor importancia. ¿Qué sería un galileo más para aquel Imperio Romano cuyas legiones habían pisoteado el mundo entero desde las costas del Atlántico hasta las fronteras persas, desde el norte de África hasta las Islas Británicas? ¿Para

aquel Imperio Romano que en las últimas décadas había crucificado a millares de rebeldes?

¡Tantas otras cosas tanto más importantes estaban sucediendo!

Debo confesar que, de haber vivido yo en aquellos tiempos, posiblemente hubiera pensado lo mismo. Para mis oídos, la marcha de las legiones romanas hubiera parecido mucho más sonora que los golpes de aquel martillo en la cima de una colina en las afueras de la remota ciudad de Jerusalén. Ante mis ojos, la gloria del emperador Tiberio, y hasta la del gobernador Poncio Pilato, sería tal que mis ojos quedarían vislumbrados e incapaces de ver la oculta gloria de aquel a quien los soldados de Tiberio y de Poncio Pilato clavaban sobre la cruz.



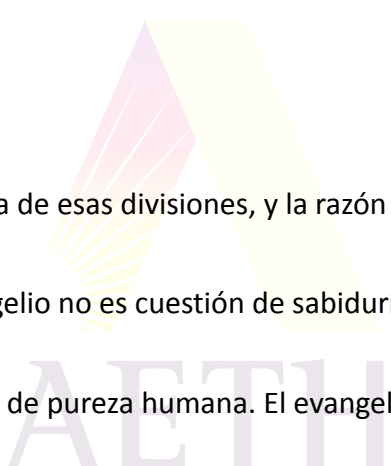
Pero han pasado los siglos. El imperio romano se deshizo. Sus legiones se desvanecieron. De Tiberio y Poncio Pilato no quedan siquiera las cenizas, sino solo las historias acerca de su crueldad y pusilanimidad. Calló la marcha de los soldados, pero aquellos martillazos siguieron resonando. Murieron Tiberio y Poncio Pilato, pero aquel a quien crucificaron se levantó de entre los muertos y vive todavía. Y después del Imperio Romano muchos otros se levantaron, se ganaron la admiración del mundo y el odio de muchos, y a la postre se desvanecieron. Pero

aquel que se levantó de entre los muertos vive todavía, y su reino no pasará.

Esto es lo que Pablo les dice a los Corintios en el pasaje que hemos escuchado. En estos días en que conmemoramos los 500 años de la Reforma protestante, bien podemos notar que la iglesia en Corinto estaba en profunda necesidad de reforma. Había en ella pecado y corrupción muy semejantes a lo que después hubo en la iglesia en tiempos de Lutero. En el capítulo cinco, Pablo reprende a los corintios diciéndoles que “hay entre vosotros fornicación, fornicación cual ni aun se nombra entre los gentiles”. Pero lo que más le preocupaba a Pablo no parece haber sido eso, sino más bien las divisiones que había entre los corintios mismos. Poco antes del texto que hemos leído, Pablo les dice que ha sabido que entre ellos hay unos que dicen que pertenecen al bando de Pedro, otros al de Apolos, otros al de Pablo, y otros, por no quedarse detrás, al de Cristo. Más adelante les dirá también que celebran la comunión de una manera vergonzosa, porque mientras unos llevan comida y bebida suficiente para hartarse y embriagarse, otros pasan hambre. En otras palabras, lo que está sucediendo en Corinto es que unos piensan ser mejores que los demás, algunos piensan tener más sabiduría que los otros, y quienes tienen riquezas también piensan que por eso son mejores. Y esos partidos toman por bandera los

nombres de Pedro – o Cefas –, de Apolos y de Pablo.

Pero Pablo les dice de manera contundente que todos se equivocan. En primer lugar, Pablo empieza por aclarar que no busca seguidores, y que quienes dicen ser “de Pablo” no cuentan con su beneplácito: “¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo”?



Pero el problema central, la causa de esas divisiones, y la razón por la que son una negación del evangelio mismo, es que el evangelio no es cuestión de sabiduría humana, ni de poder humano, ni de riqueza humana, ni siquiera de pureza humana. El evangelio es cuestión de una sabiduría tan por encima de la sabiduría humana que desde nuestro punto de vista bien parece locura. Es cuestión de un poder divino que desde nuestro punto de vista bien parece debilidad.

Aparentemente en aquella iglesia en Corinto las diferencias también tenían que ver con lo que cada cual consideraba ser más importante según su cultura y trasfondo. Por eso dice Pablo: “los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría”. A nosotros hoy esto puede parecernos un

par de referencias a posturas teóricas. Pero ciertamente en la iglesia en Corinto habría personas de origen judío, como era cierto de la iglesia antigua en todas las ciudades del imperio. Y habría también gentiles, personas que no eran de origen judío, quienes se habían convertido al evangelio.

Resulta interesante notar que cuando Pablo habla de las facciones que había en aquella iglesia dice que algunos decían ser de Pedro, y otros de Apolos. De Pedro sabemos bastante. Sabemos que era pescador Galileo, y por tanto judío, que fue uno de los primeros discípulos de Jesús y líder entre los discípulos, que se maravilló al ver los milagros y señales que Jesús hacía, que al visitar al centurión Cornelio fue uno de los primeros en predicar el evangelio a los gentiles, y que convenció a los hermanos en Jerusalén que el evangelio era también para los gentiles. Y sabemos también que a pesar de eso vacilaba en cuanto al modo en que se debía recibir a los gentiles, y por eso, según Pablo cuenta, hubo un conflicto entre Pedro y el propio Pablo en Antioquía. Luego, es muy probable que buena parte de aquellos que decían ser del partido de Pedro fueran también personas de origen judío y preocupadas por la pureza de su fe.

De Apolos sabemos menos. Sabemos, por ejemplo, que cuando estaba en Efeso su enseñanza no era del todo perfecta, y Priscila y Aquila le tomaron a un lado para instruir mejor. Sabemos que era de origen alejandrino y hombre elocuente. También esto es significativo, pues Alejandría era el centro de la sabiduría y la literatura griegas en aquellos tiempos. Aunque la fama de Atenas todavía perduraba, era en Alejandría que la filosofía griega florecía. Era en Alejandría que se formaban los oradores más elocuentes. También sabemos que a partir de entonces y a través de varios siglos, los cristianos de Alejandría se distinguieron por sus refuerzos en establecer puentes entre la filosofía griega y su fe cristiana. Luego, también es dable pensar que los que decían ser del partido de Apolos eran mayormente griegos, o al menos simpatizantes y admiradores de la cultura y tradiciones griegas.

AETH

Por un lado entonces, había un partido de quienes se consideraban mejores que los demás porque daban señales de cumplir mejor la Ley, y que por tanto decían ser el partido de Pedro, es decir, del gran apóstol de origen judío, del que presencié las señales y milagros de Jesús. Y había por otro lado un partido que se consideraba mejor porque tenía mejor cultura, más refinamiento, más sabiduría, y por tanto decían ser el partido de Apolos, el hombre distinguido

por su sabiduría y su elocuencia.

Pero Pablo les dice que ni la sabiduría humana ni el poder y la pureza humanas son cosa alguna comparable con el poder y la sabiduría de Dios. “Los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero y para los gentiles locura [...] porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres”.

Y entonces pasa a recordarles a los corintios – y a recordarnos también a nosotros – que esa cruz en que se manifiesta lo insensato de Dios y lo débil de Dios se refleja también en la iglesia, en los corintios y en nosotros hoy: “considerad, pues, hermanos vuestra vocación y ved que no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a lo sabio; y lo débil del mundo escogió Dios para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia”.

Pasaron casi quince siglos, y aquel día de fines de octubre de 1517, cuando aquel monje clavaba sus tesis sin esperar mayores resultados, la locura y el poder de Dios se manifestaron una vez más. Los leves martillazos de aquel monje que colocaba sus tesis en la puerta se volvieron más sonoros que los cañonazos que aquellos mismos tiempos resonaban en Europa. La obra de Dios no estaba en el rugir de los cañones de los poderosos que llevaban feroz guerra por un palmo más de tierra, sino en aquellos golpes de martillo dados sin grandes pretensiones. La acción de aquel oscuro y aparentemente débil monje se escucha todavía hoy cuando de los cañonazos no queda ni el recuerdo. Lo débil de Dios es más poderoso que lo poderoso de los hombres. Las tesis atrevidas y hasta ingenuas de un maestro en una universidad de tercera categoría se recuerdan hoy, mientras los profundos tratados que por la misma época se producían en las grandes facultades recogen polvo en las bibliotecas. Lo necio de Dios es más sabio que los hombres.

Una vez más, han pasado los siglos. Ahora, otra vez a fines de octubre, pero ahora en el año 2017, una vez más hay guerras y rumores de guerra. Una vez más hay grandes señorones con miles de millones de dólares que pretenden gobernar el mundo para beneficio propio y en

desprecio de los demás. Una vez más hay poderosos gobernantes que parecen deleitarse en jugar con armas que bien pueden amenazar la subsistencia de la humanidad misma. Una vez más hay grandes personajes, ahora estrellas del teatro y la televisión, cuyas opiniones parecen cautivar la atención y devoción de las multitudes. Una vez más, como de aquella iglesia en Corinto, hay quienes se hartan de riquezas mientras muchos mueren de hambre. Una vez más estamos tentados a pensar que la obra de Dios está allá entre los grandes señorones, entre esos poderosos gobernantes, entre esas estrellas del cine y de la televisión, entre toda esa gente que parece ser increíblemente poderosa y ante cuya sabiduría muchos se inclinan.

Pero hoy también, una vez más, tras los leves martillazos en aquella puerta de Wittenberg, escuchamos también los crueles martillazos en aquel monte en las afueras de Jerusalén – martillazos que nos recuerdan que lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.

Hoy también, como tantos cristianos a través de las edades, nos enfrentamos a la tentación de olvidar que lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y que lo débil de Dios es más poderoso que los hombres, y pensar que estamos en competencia por alcanzar el apoyo de los

señorones, los recursos de los ricachos y la admiración de las multitudes cuando en esa cruz de Cristo que es nuestro galardón tenemos apoyo más fuerte, riquezas más abundantes y glorias más permanentes que todo lo que el mundo pueda ofrecer.

Por tanto hoy, al conmemorar aquel 31 de octubre de 1517 recordemos que el verdadero poder de aquellos martillazos en la puerta de Wittenberg no estuvo en que fueran muy sonoros, ni en que los diera algún personaje importante, sino en que fueron martillazos dados en obediencia a quien quince siglos años antes sufrió el dolor de otros martillazos.

Por tanto hoy, al conmemorar aquel 31 de octubre de 1517, no pensemos que lo importante es cuánto ruido hagamos o cuánta gente reunamos. Pensemos y actuemos más bien mostrando que el poder que nos mueve no es el del éxito ni el de la fama, sino el de quien, tras ser clavado y muerto en una cruz, al tercer día resucitó de los muertos, y ascendió al cielo, y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, sobre un trono más excelso que el del más poderoso gobernante.

Por tanto hoy, al conmemorar aquel 31 de octubre de 1517, al mismo tiempo que vemos todo el mal que nos rodea, y su aparente poder, nos atrevemos a decir:.

Nuestro valor es nada aquí.
Con él todo es perdido del árbol meloso que vive.
Mas con nosotros luchará
de Dios el escogido.
Es nuestro Rey Jesús,
el que venció en la cruz,
Señor y Salvador.
Y siendo él solo Dios,
él triunfa en la batalla.

A él, y solo a él, sea la gloria, y el poder, y el imperio, por siempre jamás. Amén.

